

El mundo privado de los curas y párrocos en el tránsito del siglo XIX al XX. Arzobispado de Santiago de Chile

*Cristián Leal Pino **

1.- Presentación

El interés por el devenir histórico de la Iglesia Católica en Chile no sólo ha contado con distintos cultores, sino que también, y con el tiempo, los enfoques y métodos de investigación han ido cambiando. Historiadores civiles y eclesiásticos se han esforzado por señalar la presencia de la Iglesia Católica chilena, aunque no todos con la misma intención y rigurosidad histórica¹.

Según una revisión temática realizada por el profesor e historiador Marciano Barrios, la liturgia, las devociones populares de las zonas urbanas, el influjo del jansenismo y del romanticismo francés en la religiosidad del pueblo chileno, la moralidad de los grupos sociales, la catequesis durante el siglo diecinueve y veinte, las asociaciones laicas y la vida religiosa de las parroquias alejadas de la capital han quedado marginadas del interés de los historiadores².

Tomando como punto de referencia esta revisión temática, es que nos hemos ocupado de analizar el mundo de las parroquias y muy especialmente el de los curas y párrocos que tenían por misión llevar a cabo toda una labor evangelizadora. Sobre el particular existen trabajos³, especialmente del género biográfico, sin embar-

* Profesor de Historia de Chile Contemporáneo, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Bío-Bío. E-mail: cristián_leal@terra.com

1 Entre los trabajos que presentan una visión general de la presencia de la Iglesia y con un importante grado de rigurosidad histórica están por ejemplo: FERNANDO ALIAGA, *Historia de la Iglesia en Chile. Contexto histórico*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1984. FIDEL ARANEDA, *Historia de la Iglesia en Chile*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1986, MARCIANO BARRIOS, *Historia de la Iglesia en Chile. Sinópsis histórica*, Hachette, Santiago, 1987.

2 BARRIOS, MARCIANO, *Pensamiento teológico en Chile*, Anales de la Facultad de Teología, vol. XL, 1989, cuaderno N° 2, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990, p. 10.

3 En este sentido podemos mencionar las obras de H. R. GUÍÑAZÚ, *Los frailes en Chile a través de los siglos*, Santiago, 1909. De DOMINGO CRUZ, *El Ilustrísimo señor Don José Hipólito Salas*,

go, el nuestro pretende escapar a esta tradicional forma de presentar la participación del clero diocesano en la sociedad, la cual ha terminado haciendo una verdadera apología del protagonista. No sólo deseamos marcar la diferencia desde un punto de vista metodológico, sino que también desde las fuentes exhumadas. Buscamos considerar al sacerdote en su doble dimensión: hombre y cura. Más allá de su "reducto" iglesia de cuatro paredes, en el contacto cotidiano con su feligresía, queremos observarlo en su ámbito íntimo y privado, en el de sus inclinaciones y sentimientos. Queremos saber de las soluciones prácticas y concretas que adoptó el sacerdote en la administración de su parroquia y los problemas personales que tuvo con sus pares en su cotidiano ejercicio.

Pretendemos mostrar la labor de un conjunto de sacerdotes, curas y párrocos, que durante el tránsito del siglo XIX al XX, cumplieron en el Arzobispado de Santiago⁴ una importante labor en bien de la Iglesia Católica, la que tuvo distintos matices. En concreto proponemos que respecto a las valoraciones negativas del clero chileno, en el sentido de mostrar una preocupación central por necesidades materiales que le eximen de su responsabilidad social, nuestra hipótesis de trabajo es que, desde una perspectiva histórica, debiera conjugarse los diferentes ámbitos en que se desenvuelve su vida real y espiritual, a objeto de comprender y valorar con mayor precisión y menos prejuicio el papel que los sacerdotes cumplen en una sociedad determinada y las explicaciones de las causas que ameritan sus acciones, motivaciones y comportamientos. Para el periodo en estudio, pensamos, precisamente, que a pesar del peso e influencia de las realidades materiales, y los conflictos personales suscitados, el grueso del clero jugó un rol social muy importante; ilustrando, como otros sectores de la población, situaciones globales y particulares de una época de profunda crisis.

Respecto a las fuentes utilizadas en el estudio cabe mencionar dos tipos de documentación manuscrita e inédita, que se encuentran en el Archivo del Arzobispado de Santiago de Chile. La primera, corresponde a un millar de *Cartas personales*, que en cuatro volúmenes se localizan en dicho archivo signadas con las letras

obispo de Concepción, 1812-1883. Imprenta Cervantes. Santiago. 1921. Los trabajos de FIDEL ARANEDA titulados: *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, Imprenta El Esfuerzo, Santiago, 1946; *El clero en la Emancipación de Chile*, Editorial Zig-Zag, 1956; *El clero de Chile en la Guerra del Pacífico*, Editorial Zig-Zag, 1960; *El obispo José Hipólito Salas*, Santiago, 1963. De CARLOS FERNÁNDEZ, *Don Blas Cañas, el Vicente de Paul chileno*, Imprenta Chile, 1936. De ALEJANDRO HUNEEUS, *Perfiles sacerdotales de Chile*, Imprenta San José, Santiago, 1968. De ALEJANDRO MAGNET, *El Padre Hurtado*, Editorial Los Andes, 1990. De HUMBERTO MUÑOZ, *Memorias de un cura de campo*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1967. De OMEGNA DELIA, *El cura Gómez*, Santiago, 1939. De ANTONIO REHBEIN, *El clero diocesano y su presencia evangelizadora en Chile durante el siglo XIX*, AHICH, vol. N° 8, Santiago, 1990.

4 Los límites territoriales del Arzobispado de Santiago de Chile hacia fines del siglo XIX eran: al norte, con el Obispado de La Serena; al sur, con el Obispado de Concepción; al este, con el Obispado de San Juan; al oeste, con el Océano Pacífico. Dicho Arzobispado tenía bajo su jurisdicción las dos islas de Juan Fernández: Más a Tierra y Más Afuera. La superficie alcanzaba los 67.388 kilómetros, con 87 parroquias activas. Su población ascendía, según el censo de 1895 a 1.259.250 habitantes. La división geopolítica del Arzobispado comprendía siete provincias: la de Santiago, O'Higgins, Valparaíso, Aconcagua, Colchagua, Curicó y Talca. *En Catálogo de Ambos Cleros del Arzobispado de Santiago, 1901-1905*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1900. Ver primera parte.

A-D, E-LL, M-R, S-Z, que comprenden el período 1850-1920, concentrándose el 80 por ciento de ellas entre 1880-1920. La correspondencia procede en su inmensa mayoría de la Diócesis de Santiago, especialmente de las provincias de Santiago, Aconcagua, Valparaíso, Curicó y Talca⁵. Una segunda fuente manuscrita inédita correspondió a los *Informes de parroquias*, de los obispados de Valparaíso, San Felipe y Talca, legajo 89, números 44, 45, 47, y los legajos 37, 39, 40, 42, 56, 60 y 88 del Archivo de la Secretaría Arzobispal de Santiago. La finalidad de dichos Informes era interiorizar al prelado de su vida apostólica y personal en la parroquia.

Dentro de las fuentes impresas destacan el *Catálogo de ambos cleros, casas religiosas, iglesias y capillas del Arzobispado de Santiago de Chile, 1880-1922*. El *Boletín eclesiástico de edictos, estatutos y decretos del Arzobispado de Santiago de Chile, 1880-1925*, *La Provincia Eclesiástica Chilena, 1895*. El *Diccionario biográfico del clero secular chileno, Santiago, 1922*. El *Sínodo diocesano del Arzobispo Casanova, 1896*. *La Revista Católica: 1843-1874; 1919-1925* y *Las Memorias de Fanor Velasco y Abdón Cifuentes, 1914-1936*, respectivamente.

Los objetivos concretos del estudio fueron por un lado conocer las dificultades prácticas que tuvo el sacerdote en su labor pastoral y como encargado de la administración de una parroquia, y por otro, penetrar en el mundo privado de los curas y párrocos, especialmente de aquellos que vivieron en el mundo rural.

2.- El sacerdote diocesano: desafíos, temores y expectativas en el tránsito del siglo XIX al XX.

Entre las grandes problemáticas que debió enfrentar la Iglesia Católica chilena del tránsito del siglo diecinueve al veinte, estuvieron la escasez de vocaciones sacerdotales y la falta de financiamiento parroquial. Respecto a lo primero, *La Revista Católica*, reparaba en la estadística presentada por la *Memoria de Justicia, Culto e Instrucción Pública* del año 1889, donde se indicaba que la población del Arzobispado de Santiago ascendía a 952.760 según el censo de 1865, y que existían solamente 70 parroquias, de modo que había un párroco para 13.610 feligreses, diseminados en una superficie de 30 millas, lo que hacía prácticamente imposible que el párroco atendiese todas las necesidades que exigía su ministerio⁶. El problema con el tiempo se agudizó. Por ejemplo, hacia 1888, el Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, en su *Carta al clero sobre la escasez de vocaciones al sacerdocio*⁷, resaltaba la in-

5 Entre las parroquias que presentan una mayor frecuencia de *Cartas e Informes* destacan por provincias las siguientes: *Provincia de Santiago*: Parroquias de Santa Ana, San Lázaro, San Luis Beltrán, de San Bernardo, de Tango, Isla de Maipo, Melipilla, Curacaví, Alhué. *Provincia de Aconcagua*: Parroquias de San Felipe, Los Andes, Panquehue, Santos Inocentes, de Catemu; La Ligua, Petorca. *Provincia de Valparaíso*: Parroquias El Barón, Espíritu Santo, Viña del Mar, San José, Casablanca, Quillota, San Ignacio de Llaillay, Puchuncaví, Limache, Quilpué. *Provincia de Curicó*: Parroquias de Curicó, San Antonio de Chépica; de Lolol, La Huerta, Paredones. *Provincia de Talca*: Parroquias de San Luis, San Clemente Entre Los Ríos, Peneahue, Pelarco, Curepto; Sagrada Familia de Lontué

6 Ver, RICARDO KREBS, *El pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile 1875-1885*. En *Catolicismo y laicismo*. Seis estudios. Ediciones Nueva Universidad (UCCh), 1981, p. 17.

7 Boletín Eclesiástico de Santiago (en adelante BES), tomo N° 10, pp. 472-481.

mensa desproporción entre el número de sacerdotes y la cantidad de población que se debía servir en la Arquidiócesis. El llamado de Casanova estaba dirigido a las familias pudientes y al propio Estado, de los cuales se esperaba un mayor compromiso. *Cuando la Iglesia era más poderosa en bienes de la tierra, cuando era más libre par administrar sus rentas y disponía de cuantiosos empleos, rara era la familia notable que no contara algunos de sus hijos en esta celestial jerarquía... No porque sea hoy pobre deja la Iglesia de ser siempre la hija del cielo, y es digno de las almas generosas abandonarse así a la más augusta y santa de sus causas en el día de su infortunio*⁸, concluía el Arzobispo. En ello también estaba en juego evitar *la invasión bárbara del socialismo y de los criminales*⁹

El financiamiento también fue un problema insoluble que se manifestó en distintas situaciones¹⁰. Por ejemplo, en la gestación de las parroquias rurales a fines del siglo diecinueve y comienzos del presente, el Estado, no tuvo una participación real a pesar del tutelaje que tenía sobre la Iglesia, delegando dicha responsabilidad principalmente en los hacendados y feligresía en donde se insertaría la parroquia. En el financiamiento propiamente tal de dicha parroquia, el párroco debió utilizar criterios propiamente económicos en la administración de los bienes y propiedades, para cumplir con su misión apostólica y social en un período en que el peso de las realidades materiales era creciente. Ni el exiguo aporte del Estado, ni las entradas por estipendios forzosos y voluntarios de los bautismos, informaciones y celebraciones matrimoniales, de los funerales y documentos parroquiales, fueron suficientes para atender las necesidades crecientes de la parroquia, debiéndose recurrir a modos de financiamientos propios de instituciones financieras como el depósito a interés, préstamos hipotecarios y las inversiones.

Como ya lo hemos señalado, el Estado no jugó en la práctica un papel decisivo en la construcción y reparación de parroquias. Desde el punto de vista formal, el Estado aparece asumiendo su responsabilidad en estas materias, pero en definitiva la delega a los feligreses. Por ejemplo, en una Circular sobre construcción y reparación de Iglesias aparecida hacia 1892, el Gobierno endosa a los fieles su responsabilidad señalando en el punto cuarto que: *... pesa principalmente sobre el Estado la obligación de atender a los gastos del culto católico en la República y los fieles cumplen en buena parte con la obligación que tienen de sostenerlo, satisfaciendo la contribución establecida con ese objeto, a ellos, con todo, toca el proporcionar a la Iglesia los recursos que no pueda dar el Gobierno*¹¹. Más aún, la experiencia indicaba al Gobierno que estando bien motivados los feligreses por sus párrocos, éstos no escatimarían esfuerzos para auxiliar a su parroquia. Es por ello que en dicha circular se señalaba con convicción que *aquellos templos católicos, que tie-*

8. BES, p. 475.

9. BES, p. 477.

10. Los temas de la escasez de sacerdotes y la falta de financiamiento han sido estudiados por CRISTIÁN LEAL PINO en dos artículos aparecidos en el *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, volúmenes 9 y 10, años 1991 y 1992 respectivamente. Dichos artículos se titulan: *Las parroquias rurales en el período 1880-1920: Gestación y medios de financiamiento* y *Iglesia y realidad económica hacia fines del siglo XIX: Repercusiones en el clero diocesano*

11. BES, tomo N° 8, 1881-1882, p. 285.

nen alta importancia religiosa y social, han sido erigidos en su mayor parte mediante la piadosa liberalidad de los fieles, los que cuando están animados de vida fe, nunca se muestran sordos a las insinuaciones que en ese sentido reciben de sus pastores...¹².

Cuando el Gobierno brindaba su aporte a la creación de parroquias o la simple reparación de éstas, se debían sortear varios obstáculos. En primer lugar, el párroco tenía que elaborar un informe completo respecto a la parroquia que deseaba erigir. En el debía ir contemplando, por ejemplo: el dinero que disponía la comunidad para la creación de la parroquia, los planos, la nómina de quienes conformarían la junta de fábrica para que administraran el dinero y velaran por la realización de la obra, el lugar de erección de la parroquia y el dinero que se solicitaba al Gobierno¹³. En todos los trámites para lograr el aporte del Estado participaba no sólo el párroco, también el Gobernador, el Intendente, el Arzobispo y el propio Presidente de la República.

Pero eso no fue todo, las solicitudes debían ser elevadas con un año de anticipación para que el Estado distribuyera adecuadamente los dineros, según el presupuesto anual. Asimismo, existía un estricto orden de preferencia para construir y reparar iglesias, donde particularmente las parroquias rurales eran las marginadas. Por ejemplo, el decreto enviando por el Gobierno a las parroquias sobre el tema, en el artículo noveno, indicaba el siguiente orden de preferencia: *las obras de reparación serán preferidas a las de construcción; segundo, dentro de las obras de construcción se preferirán aquellas cuya terminación estuviera más próxima o fuese de mayor urgencia; y tercero, que de estar las obras en situación más o menos igual, la iglesia de capital de provincia sería preferida a la de departamento, la de departamento a la de capital de un territorio municipal, y la de una aldea a la de los campos*¹⁴. De esta forma quedaba institucionalizada la postergación de las parroquias y párrocos rurales.

Fuera de estos “macro” problemas, los sacerdotes diocesanos debieron hacer frente a otro tipo de situaciones, emanadas de su que hacer cotidiano, y de menor resonancia por cierto, pero que de igual modo afectaron su labor social y apostólica.

Muchos de estos problemas han sido soslayados por la historiografía, tal vez por ser considerados de poca relevancia o por carecer de las fuentes necesarias que permitan evidenciarlos e interpretarlos, o quizás, porque afectarían la imagen de “curas ejemplares” que ha mostrado hasta ahora el género biográfico. Pensamos que este mundo, esencialmente rural, la cotidianeidad de los curas ofrece una interesante perspectiva de análisis que nos llevará a conocer al sacerdote como tal y como hombre, y además, aproximarnos con mayor objetividad al verdadero papel que éste cumplió en la sociedad de la época. Concretamente nos remitiremos a presentar problemas que emanan del ejercicio propio de su ministerio, entre los que

12. *Ibíd.*

13. Ver, en la misma Circular, decreto del Gobierno con fecha Santiago, enero 21 de 1882, donde se especifican los puntos que deben contemplar las solicitudes de dinero para construir o reparar parroquias. *BES.*, tomo N° 8, p. 285 y siguientes.

14. *Ibíd.*

podemos mencionar: los esfuerzos por construir la parroquia u oratorio, la necesidad de implementarla con los elementos sagrados básicos e indispensables para desarrollar su labor, el enfrentamiento con el mundo protestante y la repercusiones de la política contingente en el cumplimiento de su ministerio.

Uno de los problemas materiales concretos que el sacerdote encontró en los inicios de su ministerio, fue tener que levantar su parroquia u oratorio y la propia casa parroquial que lo albergaría, en algunos casos, junto a su familia. El sacerdote diocesano especialmente el del ámbito rural, debió muchas veces empezar por construir personalmente su parroquia u oratorio que se convertirían en su centro de acción espiritual y social y en una de sus más eficaces “armas” para hacer frente a los innumerables problemas que afectaban a la comunidad y que decían relación no sólo con lo económico, político y social, también con lo religioso. Dicha tarea se vio o no facilitada según el nivel social que ostentaba el sacerdote y el tipo de feligreses que tuviera la comunidad. Aquel sacerdote que no poseía un apellido aristocrático ni mucho menos bienes, debió esmerarse no sólo por construir su parroquia, sino que debió dotarla de los ornamentos sagrados básicos para celebrar la Santa Misa y realizar todas aquellas manifestaciones religiosas que alimentaban la fe de la feligresía.

Para construir la parroquia y dotarla de los elementos necesarios, el sacerdote debió en ocasiones, endeudarse personalmente, mediante las solicitudes de préstamos a algún sacerdote más pudiente o a la tesorería arzobispal, o en su defecto, a algún miembro de la feligresía. Liderar la construcción fue una tarea irrenunciable. Quien nos evidencia tal liderazgo por construir su propia parroquia es aquel cura que hacia 1913 escribía desde Limache a su Arzobispo indicándole que:

... dentro de muy poco voy a terminar una Iglesia que estoy construyendo en los Maitenes... Está ubicada en un terreno cedido por la comunidad... El pueblo de los Maitenes está a una legua del asiento parroquial y se compone de más de un mil de habitantes. Cada día que pasa se nota el interés de los vecinos de Limache por adquirir propiedades en Maitenes y tengo la convicción que dentro de poco va a aumentar su población y su importancia¹⁵.

Este esfuerzo y visión del sacerdote lo llevaron a solicitar autorización para erigir definitivamente una viceparroquia en Maitenes, que al cabo de unos años se concluyó con la participación directa del sacerdote. No todas las iniciativas terminaron coronadas con el éxito. Muchos tenientes curas debieron sólo conformarse con un simple oratorio, el que tampoco fue nada de fácil mantener, al menos el siguiente ejemplo lo corrobora. Hacia 1916, en un informe procedente de Valparaíso un párroco indicaba a Monseñor Juan Ignacio González Eyzaguirre que:

La casa que ocupa la viceparroquia de Concón y el oratorio contiguo a ella están en ruinas. Las lluvias en el invierno han echado abajo un tabique; el oratorio está tan sucio que casi no se puede celebrar la Santa Misa, y llega ya el tiempo en que varias familias vienen a pasar allí los meses de verano. No he tenido plata para hacer reparaciones; los habitantes del lugar son sumamente pobres, de tal modo que no pueden contribuir para tales gastos y no me atre-

15 A.A.S.-I.P., Valparaíso, 12 de mayo de 1913. Parroquia de San Francisco de Limache.

*vo a pedirles a los hacendados, porque no contribuirían, unos por falta de voluntad y otros por falta de dinero*¹⁶.

Por tal razón solicitaba al Arzobispo tres mil pesos con el compromiso de devolverlos en poco tiempo y poder así reparar las partes más urgentes de su oratorio.

No sólo fue un problema la construcción y mantención de la parroquia y el oratorio, también debió construir y personalmente, la casa parroquial que lo albergaría junto a su familia. Por ejemplo, quien fuera sacerdote por años en la provincia de Talca, específicamente de la viceparroquia de San José de Duao, escribía a su prelado comunicándole lo fructífero que había resultado ser el oratorio de la viceparroquia y de paso le hacía ver su gran esfuerzo por construir la casa parroquial indicándole:

*... también me es grato agregar que durante el mes que he permanecido entre esta piadosa gente, me he ocupado en reunir el material necesario para terminar las cuatro piezas que faltaban, y que Dios mediante, tengo ya los adobes suficientes, parte de los cuales estoy acarreando y parte aún cortando, y también parte de la madera. De buen agrado hubiera postergado la presente hasta comunicar a su Señoría la conclusión de la casa; pero debo contentarme con lo hecho y ya pienso retirarme en vista de que, conseguido el material y no habiendo por el tiempo de cosecha trabajadores con que levantar las murallas, no aparezca suficientemente justificada mi permanencia en esta...*¹⁷.

También fue preocupación del sacerdote conseguir los ornamentos sagrados básicos que le permitieran celebrar la Santa Misa al igual que aquellas imágenes que contribuían a mantener viva la fe en su religión, especialmente de la patrona de cada comunidad. Algunos sacerdotes contaron con el apoyo económico de la feligresía de elite para renovar los ornamentos sagrados, incluso muchos de ellos fueron traídos desde el extranjero, especialmente de Francia. Pero hubo otros que debieron simplemente endeudarse con la propia Tesorería Arzobispal para adquirir sus ornamentos sagrados, los cuales cuidaban con mucho celo, al punto de llevárselos consigo cuando eran trasladados de parroquia. Así lo demuestra aquel sacerdote que por disposiciones superiores debió trasladarse a Los Andes, desde donde escribía hacia 1891 indicando: *Apreciado Señor (Vicario General) incluyo una (letra) de cambio del Banco de Santiago (por el) valor de 255,00 pesos que adeudo a la Tesorería Arzobispal por los cuatro ornamentos y un misal que Ud. tuvo la amabilidad de dejarme traer, adeudándole el valor (indicado), le pido excuse mi demora... también tenga la bondad de mandarme cuenta aparte por los dos ornamentos de más valor que los he destinado para la viceparroquia y van a cuenta por separado*¹⁸.

Los medios con que contó el sacerdote para auxiliar a sus feligreses tampoco fue algo fácil de obtener. Si bien algunos sacerdotes que sirvieron estas alejadas y desoladas parroquias rurales contaron con un coche tirado por caballo para llegar a

16 A.A.S.-I.P. Valparaíso, 2 de diciembre de 1916.

17 A.A.S.-I.P., vol. E-LL, fj. 334. Talca, San José de Duao, febrero 1 de 1911.

18 A.A.S.-I.P. vol. E-LL, fj. 254. Los Andes, diciembre 17 de 1891.

entregar un sacramento, lo común fue que el sacerdote sólo contara con su cabalgadura como único medio de transporte para socorrer a su feligresía. Ello produjo, en algunos sacerdotes, especialmente los de más avanzada edad, serios problemas físicos, al punto de imposibilitarlos para el ejercicio de su ministerio. Son significativas las quejas por este problema, sobre todo cuando la parroquia era muy extensa. Ejemplo de los efectos producidos por el uso del caballo en su misión apostólica, fue aquel sacerdote que después de servir por años en La Ligua, al momento de ser trasladado a Valparaíso, hacia 1912, señalaba a su Vicario que:

... a consecuencia de un golpe de a caballo recibido en la ingle, haciendo el desempeño de mi ministerio, me encuentro imposibilitado para seguir desempeñando el servicio permanente en los cerros, viéndome obligado a hacer de a pie las visitas a los enfermos que algunos días son muchos y siempre tengo que hacerlos yo. Esto es lo que me tiene sin aliviar y muy expuesto a que me resulte una hernia...¹⁹.

Para corroborar sus palabras el sacerdote incluía en su misiva un certificado médico extendido por el doctor Guillermo Middleton, el cual señalaba: *Certifico que el Presbítero... teniente cura de la parroquia de San Luis (de Valparaíso) está imposibilitado para ese servicio, pues tiene los síntomas de hernia inguinal que empieza²⁰*. Con ello se evidenciaba el efecto que le había producido su diario trajín en su cabalgadura en aquellos desolados y agrestes parajes de su designación anterior. Sin embargo, aquello sólo fue una de las tantas realidades a que debió acostumbrarse el sacerdote rural y donde el verdadero problema radicaba en el exigente trabajo que demandaba atender una parroquia rural. Este esfuerzo no sólo se dio en la Diócesis de Santiago, también en el resto de las diócesis del país se vivió similar situación. Prueba de ello es la siguiente carta procedente de la iglesia de San Carlos, perteneciente al obispado de Concepción, donde el sacerdote exponía las razones de su solicitud de cambio a la Diócesis de Santiago manifestando: *Deseo trasladarme a la Arquidiócesis (Santiago) porque no me siento con fuerzas para servir esta pesada parroquia (de San Carlos). He sufrido serios ataques de pulmonía en el año y no podría establecerme en Concepción. Estoy un tanto rendido y no puedo soportar el trabajo de campo. Antes de pedir permiso a mi obispo desearía saber si, por parte del señor Arzobispo no habría inconveniente para recibirme ahí. No quiero estar sin trabajo, voluntad me sobra para servir a la Iglesia, pero quiero hacerlo según mis fuerzas²¹.*

Para muchos sacerdotes resultó sacrificado atender una parroquia rural, más aún cuando la propia feligresía se constituía en un obstáculo para ello. En muchas localidades del país la feligresía carecía de una formación cultural, moral y religiosa que le permitiera entender la misión que el sacerdote cumplía en su localidad. Pero no solamente este tipo de gente constituía un obstáculo, también lo fueron los propios hacendados que se consideraban verdaderos “amos y señores” en la comunidad y pretendían mediante su influencia y poder dirigir la acción de la Iglesia considerando sus propios intereses. Tales realidades produjeron no sólo un clima

19 A.A.S., vol. A-D. f. Valparaíso, octubre 22 de 1896.

20 *Ibidem*.

21 A.A.S., vol. E-LL. f. 267, San Carlos, febrero 28 de 1898.

inadecuado para desarrollar su misión evangelizadora, sino que ocasionó en algunos sacerdotes un sentimiento de nostalgia, especialmente cuando eran de otras localidades, donde su formación y relación con su entorno geográfico y social habían sido muy distintas.

Ejemplos de dichas realidades fueron aquellos sacerdotes que sintieron en carne propia estos problemas. Desde la parroquia de San José de Santiago contaba el sacerdote a su obispo del tipo de fieles que conformaban su parroquia indicando: *... la índole de los feligreses insubordinada y pendenciera por educación, pues se compone en su mayor parte de mineros y gente holgazana con motivo del trabajo del canal, que allí se asilan, sus producciones sumamente escasas, y los derechos parroquiales tan mezquinos y contingentes que casi no prestan congrua sustentación...*²². Por su parte, hacia 1906, desde Vallenar escribía otro sacerdote quejándose por la excesiva influencia de ciertos feligreses que impedían su acción y retrasaban el progreso de la ciudad. En su carta al Vicario indicaba: *En esta apartada ciudad se hace nada más que lo que quieren los mandones que por aquí mandan, no hay en los trabajos ni en la más pequeña cosa la más mínima moralidad, de aquí el mismo retraso en que está esta ciudad en todo sentido...*²³.

Otro de los problemas que enfrentó el sacerdote diocesano y que tuvo repercusión en su accionar fue el lograr su adaptación al medio geográfico y al carácter de la gente lugareña. En algunos sacerdotes fue tan difícil su adaptación que los llevó incluso a solicitar al Arzobispo un cambio urgente de diócesis, como ocurrió con aquel sacerdote de Empedrado, departamento de Talca, que deseaba volver al norte de donde era oriundo. La razón esgrimida era su no acostumbramiento al modo de vida de la gente de Empedrado, por lo cual manifestaba:

*Por una parte mi familia que pertenece ahí (en el norte) y por otra es muy distinto el carácter de la gente del norte y del sur, y además que jamás podré acostumbrarme por estos lugares, como le pudiera suceder a cualquier persona que se venga a establecer a estas regiones... Estos lugares son completamente distintos de los del norte, es casi otro modo de vivir de la gente; no porque sea mala sino porque son lugares que están en completo aislamiento de la vida más civilizada y las vías de comunicación son algo difíciles, así que todo cuesta un sacrificio sumo, además la esterilidad de los mismos lugares hace que la gente revista un carácter propio de por aquí*²⁴.

Dentro de toda esta realidad humana el sacerdote debió hacer frente a una problemática de tipo religioso como lo fue el avance cada vez más amenazante del protestantismo. El mundo rural del tránsito del siglo diecinueve al veinte también fue testigo de la propagación del protestantismo. Tal fenómeno se hizo más evidente y significativo hacia la segunda década del siglo veinte, lo cual demanda una preocupación y respuesta concreta de parte de los sacerdotes rurales, quienes no sólo tuvieron conciencia de tal avance, sino que desarrollaron todo un plan de acción para mitigar los efectos de este flagelo.

22 A.A.S., vol. A-D, fjs. 33-34. Santiago, diciembre 25 de 1859.

23 A.A.S., vol. E-LL, fj. 181. Vallenar, octubre 6 de 1906.

24 A.A.S., vol. M-R, fjs. 240-241. Empedrado, junio 13 de 1904.

En algunas localidades rurales, la alarma de este avance religioso es observable ya a partir de 1900. El sacerdote de la hacienda Los Nogales, por ejemplo, junto con agradecer a su Vicario General el haber recibido los “ejemplares” que serían utilizados para contrarrestar la propaganda protestante y cuyo título era *Comunicaciones Familiares sobre el Protestantismo*, manifestaba su visión sobre el problema diciendo:

En verdad que la propaganda protestante que se hace en este pueblo, desde hace algunos años, es bastante activa y que casi todos los sábados viene de Valparaíso un individuo a los que ellos llaman pastores; y cuando no viene le remite hojas impresas que distribuye el propagandista que aquí hay y que es un zapatero llamado Eusebio Tello. Pero no creo que esa propaganda haya sido muy eficaz, al menos en los últimos dos años. Primero porque el tal Tello no tiene influencia social y porque toda la gente principal (señoras y caballeros) lo mira con cierto desprecio. Esto no quiere decir que no consiga engañar a algunas personas ignorantes²⁵.

No obstante este optimismo, el sacerdote estaba preocupado del efecto a mediano y largo plazo del protestantismo, más aún, cuando en su feligresía existía un cierto desinterés por lo propiamente religioso y la carencia de recursos y medios para combatir a los enemigos de la Iglesia, lo que evidenciaba en otro de los párrafos de su misiva al indicar:

Aunque en esta hacienda (de Nogales) tenemos establecido el catecismo dominical, con asistencia media de 80 niños de uno y otro sexo, y en cuya enseñanza toman parte las señoras principales del pueblo; y se han establecido últimamente las asociaciones de San José y del Corazón de Jesús y la señora Adela Edwards me facilita todos los medios para hacer eficaz mi acción sacerdotal; todavía esta no es suficiente para contrarrestar de una manera fructífera a la propaganda protestante. Por que el hecho es que más de las dos terceras partes de la gente del pueblo se quedó sin venir a misa en los días en que yo predico constantemente²⁶.

Para el sacerdote en cuestión el problema se acrecentaba más todavía porque la feligresía no asistía a las misas dominicales demostrando así su indiferencia por la religión católica. A ello se sumaba la gran distancia que separaba a muchos fieles de la parroquia. El sacerdote creía ver en el oratorio la manera de acercar a esta población al camino católico, desde donde se predicaría de manera más efectiva. Veía en el oratorio o capilla una significativa “arma” de lucha, más cuando se contaba con un importante número de fieles que estaban dispuestos a cooperar. Su carta continuaba señalando:

Las familias del pueblo sienten esa misma necesidad (la del oratorio). A fines del año último se me apersonó una comisión de señoras pidiendo mi cooperación para edificar una capilla por medio de erogaciones. Acepté con gusto el pensamiento y les indiqué que con-

25 A.A.S., vol. M-R, fjs. 350-354. Los Nogales, julio 9 de 1902.

26 Ibidem.

venía provocar una reunión más numerosa a fin de que el asunto tuviera un carácter popular... Esto manifiesta a su Señoría como el campo está bien preparado y no será dificultoso obtener buena cosecha. La gente es dócil y fácil de dirigir y en ciertas festividades como del Niño Dios y la Virgen del Carmen la concurrencia es numerosísima²⁷.

En otras localidades, como en Catemu, la propagación del protestantismo tuvo una mayor repercusión en la feligresía. Dicho avance se veía facilitado, según el sacerdote, por una falta de claridad por parte de la iglesia para hacer frente a las herejías. Concretamente indicaba el desconocimiento por parte de los fieles de las armas que tenía la Iglesia para defenderse, como la excomunión, la cual no era entendida a cabalidad por los fieles. La visión de este problema en Catemu lo describía el sacerdote como sigue:

En Catemu hay mucha propaganda protestante, la gente no se abstiene de la comunicación con los herejes, porque ignoran las penas que la Iglesia tiene señaladas. Hay algunas personas que llegaron a dudar de la religión católica y creen que tal vez los protestantes enseñan la verdad... si supieran lo que es una excomunión, sus consecuencias y, sobre todo, que ellos han estado a punto de incurrir en esta pena y que solo la ignorancia los ha liberado²⁸.

Desde la parroquia de Limache y hacia 1918 el sacerdote lugareño hacía ver su realidad respecto al avance del protestantismo. La visión del sacerdote evidencia la falta de elementos básicos para hacer frente a las herejías, y por ello en una de sus cartas pedía un auxilio urgente para hacer algo por su feligresía. El tenor de la misiva era como sigue:

Ud. no puede hacerse el sordo en esta materia, pues los protestantes han avanzado mucho en los últimos tiempos; las mejores quintas están ahora en poder de ellos. El edificio actual ya es insuficiente e ineficaz de contener la gente.

La parroquia de Quilpué ha recibido sus grandes subvenciones ¿por qué no puede recibir también lo mismo San Francisco? No pido ningún centavo para necesidades del cura y no pediré, pero lo necesario para la iglesia debo pedirlo, no hay otro remedio. Procesión del Corpus no puedo hacer porque me faltan cruz alta, ciriales, baldaquino y todo lo que corresponde²⁹.

En la región central el protestantismo tuvo una importante acogida hacia comienzos del presente siglo. También en la Nueva Imperial estas ideas prendieron y el sacerdote debió hacer ingentes esfuerzos para detener este avance cada vez más significativo para la Iglesia. Para el sacerdote de Nueva Imperial el problema radicaba en la falta de recursos y medios para propagar el catolicismo entre los indígenas y también en la efectividad que tenían los protestantes en sus acciones, quienes contaban con recursos y un importante apoyo institucional. Así lo revelan las cartas

27 Ibidem.

28 A.A.S.-I.P., leg. 89, N° 45, San Francisco de Limache 1918.

29 Ibidem.

que desde la Imperial enviara a comienzos de siglo el párroco al Vicario General. En una de ellas no sólo hacía una crítica a los católicos y su caridad, también alababa a los protestantes por su labor.

... el deseo de poner atajo a la propaganda incesante de los protestantes, que se presentan a los indígenas revestidos de los atributos de la caridad cristiana, mientras entre los que se llaman católicos no ven sino indiferencia y hartazgo desprecio (indiferencia y desprecio que manifiestan aún hasta una parte de los mismos misioneros), y el anhelo de llevar adelante, no obstante esa misma indiferencia, la obra de educación cristiana que se ha acometido y espero continuar con el favor de Dios y de María Santísima... en la salvación de nuestros muy necesitados hermanos los Mapuches³⁰.

Luego proseguía indicando:

Comenzaron éstos su obra de educación en una ruca grande, que hasta ahora se conserva, y que visité y examiné en todos sus detalles, pero este año están concluyendo un edificio grande magnífico, de dos pisos, con todas comodidades y rodeado de comedores. Créame que alabé a Dios de ver el celo de estos hombres, mientras sentía el corazón oprimido al considerar lo que no sé cómo calificar en los nuestros y me subió el rubor al rostro, recordando que el Itmo..., de las Escuelas Cristianas no ha sido capaz ni de contestar mis cartas...³¹.

Era evidente la carencia de medios que tuvo el sacerdote rural para hacer frente al avance cada vez más efectivo del protestantismo. Sin embargo contó en muchos casos con un importante apoyo como lo fueron los feligreses, especialmente los de elite, que llamaron la atención de las altas autoridades eclesásticas, y participaron activamente con el sacerdote en la lucha contra este flagelo. Una de las parroquias que hacia 1918 contó con el apoyo de los feligreses en esta materia fue la de Papudo, donde los fieles hacían ver el problema religioso al Arzobispo manifestándole:

*... creemos oportuno manifestar a S.S. Itma. y Rvma. que la propaganda protestante hace incesantes estragos entre los pobres, muchos de los cuales se afilian a esta secta... Cada día se nota más la influencia de los enemigos de la Santa Iglesia Católica
No asisten a misa las familias del pueblo que pueden fácilmente hacerlo en la estación de verano; no bautizan a sus hijos ni se casan según el rito católico.*

... causa inmensa lástima y pena profunda, Itmo. y Vvmo. señor el ver que los enemigos de la Iglesia tengan aquí sus pastores y propagandistas al paso que no hay ningún sacerdote católico durante el transcurso del año, salvo los meses de verano, que celebré la Santa Misa, instruya a los fieles en las verdades de la fe, enseñé a los niños el catecismo, prediqué el evangelio...

30 A.A.S., vol. S-Z, fjs. 166-167 Nueva Imperial, abril 5 de 1902.

31 *Ibidem*.

Los feligreses que firmaban dicha carta no se quedaron en la simple visión del problema, por el contrario, proponían al Arzobispo soluciones concretas para contrarrestar el avance del protestantismo, como lo fue la necesidad de la permanencia estable de un sacerdote en Papudo y la formación de cofradías³².

... la presencia de un sacerdote que viniera a remediar estos males y atender a las necesidades espirituales de la población de Papudo es una necesidad urgentísima.

Si se pudiese establecer la Sociedad de San José como también otras cofradías piadosas para mujeres podrían generarse este pueblo y hacer inmensos beneficios a las almas. Contribuiría sobre todo a la extirpación de la propaganda protestante³³.

El ámbito político también se constituyó no en pocas ocasiones en un obstáculo más para desarrollar su labor. A través del género biográfico es posible apreciar dicha realidad³⁴. Cuando el sacerdote tenía el mismo pensamiento político que las máximas autoridades civiles locales, como el Gobernador, el Alcalde, el Preceptor de las escuelas y los principales hacendados, su labor se vio facilitada ostensiblemente, al igual que su realidad económica. Sin embargo, cuando sus ideas políticas discrepaban de estas autoridades su vida y acción social y apostólica se vio seriamente perjudicada. En no pocas ocasiones fue víctima de determinaciones que lo marcaron en su vida religiosa, llegando incluso y dependiendo del momento político, a costarle hasta el exilio a otra diócesis. No es menos cierto que el clero de la época y específicamente el rural estuvo atento al que hacer político y en muchas ocasiones se abanderizó y realizó una acción concreta para defender sus ideas políticas, las que se identificaban por lo general con el Partido Conservador.

Fue común que el sacerdote rural informara a su prelado de las contiendas políticas y principalmente de la labor desarrollada por el Gobernador, sobre todo cuando las ideas de éste discrepaban con los principios básicos del catolicismo. Por ejemplo, hacia 1907, y desde Los Andes el párroco describía la realidad política de su localidad a través de un informe donde indicaba:

El gobernador hace una política radical abierta, siendo un propagandista porfiado de ideas luteranas en la familia, en cuanto puede y solapadamente provoca dificultades a todo lo que el cura y padres se refieren; en las elecciones fue desleal a don Rafael Errázuriz, trabajando abiertamente en su contra. El periódico La Restauración (conservador) le ha pegado fuerte, sobre todo después del empastelamiento de la imprenta, del que es responsable en la conciencia de todos el

32 Las cofradías fueron instituciones que desde la época colonial jugaron un papel importante en materia religiosa y social. Dichas instituciones, conformadas por lo general, tanto por laicos como por religiosos, fueron también en el tránsito del siglo XIX al XX, un importante instrumento de lucha contra el protestantismo.

33 A.A.S.-I.P. Papudo, enero 30 de 1918. Entre los fieles firmantes encontramos a Baldomero Larraín, Enrique Martínez, Elena Espínola de Pérez, Prudencio Gumucio, Lucila Vargas de Martínez y Antonio Bello Silva.

34 Ver, por ejemplo, MARCIANO BARRIOS, *Historiografía eclesial chilena entre 1918 y 1988, en Pensamiento teológico en Chile*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1990.